

*

Entre las procesiones notables que salían de la Santísima, lo era más, sin duda, la del Juéves Santo en la tarde. Desde las tres comenzaba el flujo de curiosos que, pertenecientes á las clases media é ínfima, inundaban la plaza principal y las calles de la Moneda, Amor de Dios y Santísima, por las cuales debía pasar la procesion. Las matracas, movidas á la vez, formaban un ruido semejante á un aguacero, los gritos desentonados de los que vendían las *dos rosquillas y un mamon*, unidos al rumor vago é indefinido que se levantaba en toda la numerosa reunion, formaban grande y confuso bullicio que ensordecía y á la vez tenía un raro atractivo. En las cadenas y átrio de Catedral se vendían tamales, sentándose el pueblo en las banquetas á comerlos tranquilamente, así como las rosquillas, naranjas, bizcochos y demás golosinas.

—«Una matraquita para el niño.»

—«Vea ud. que bonita.»

—«Estas son baratas.»

Tales han sido los gritos que se mezclan con el continuado ruido que producen las matracas y las voces de los vendedores de golosinas.

En el centro de la plaza y al rededor del átrio, había otra clase de ruido y de consumidores; grande multitud cercaba los puestos de *chia, orchata, limon, piña, tamarindo*; allí los gritos de «¿qué toma ud.? pasen á refrescar» y otros análogos son los que principalmente se escuchan todavía en los últimos días de la Semana Mayor, en cada puesto y en diferentes tonos, ya viniendo de una anciana andrajosa y sucia, ya de muchachos harapientos ó de mozas con traje de *chinas* ó *polblanas*.

Interesante y variada era la vista de la plaza mayor la tarde en que la procesion se desprendía de la Santísima. Á las cuatro y media ya era imposible transitar por aquellas calles, llenas de un gentío que se movía como las olas de un mar agitado, levantadas por el viento y deshechas para volverse á formar, ó como la corriente de un río crecido, apareciendo sobre el oleaje de cabezas, las cañas cubiertas de júdas y matracas; las familias *de tono* se dirigían á alguna casa amiga, atravesando difícilmente aquella muralla humana, para disfrutar de la fiesta que ofrecía la procesion. Los balcones del tránsito se llenaban de preciosas jóvenes que solían murmurar de las que pasaban; los zaguanes estaban henchidos de individuos de la clase media y también llenaba ésta la iglesia de la Santísima. Todos esperaban la procesion.

Cada quien se colocaba donde podía verlo todo, observar cuanto pasaba, y cada uno, satisfecho de su posición, ni por un momento envidiaba la de los demás, criticábanse tan solo entre sí los que pertenecían á una misma clase, y salían en esa tarde á relucir trajes que no se volvían á presentar hasta el siguiente año.

La procesion comienza á salir. Los nazarenos, papel interesante reservado á los

aguadores que se ponían un traje especial, conducían en hombros á las imágenes; el traje de esos nazarenos consistía en un calzon corto de pana ú otro género morado para el juéves en señal de pasión y negro para el viérnes en prueba de luto, cuyo calzon iba sobre otros blancos muy encarrujados que, en forma de abanico, sobresalían por cada uno de los costados externos de las rodillas; la camisa igualmente encarrujada, sobre la cual aparecía un escapulario de tafetan ó sarga, morado ó negro, según el día; generalmente iban descalzos y llevaban sobre el pecho un gran escudo con el santo de la cofradía á que pertenecían.

Las imágenes conducidas en la procesion y que atraían las miradas, eran: la de San Pedro que parecía verdaderamente llorosa; la de Jesús con la cruz áuestas, en cuyo semblante se dibujaban perfectamente la fatiga y el dolor en aquel acto de su pasión, siendo de notar la actitud en el momento de quererse levantar y la de Simón Cirineo, muy expresivas y naturales; la imagen de la Santísima Virgen de los Dolores, en cuyo rostro se retrataba la aflicción que sintió en el camino al Calvario, y la escultura de la Santísima Trinidad, bastante hermosa y obra verdaderamente artística.

Los nazarenos iban alumbrando acompañados de uno que otro particular; algunos, muy pocos, de la cofradía de San Homobono, de los cuales uno llevaba el estandarte ó en su lugar un clérigo, sin que fueran muchos los eclesiásticos ó seculares asistentes, y cerraba la procesion una compañía de infantería, marchando al compás de la música y con tambores á la sordina. La procesion regresaba á la Santísima, ya entrada la noche, y la concurrencia se iba esparciendo por todas partes para dirigirse en seguida á ver iluminadas las iglesias.

LOS BARRIOS DE SAN LÁZARO, LA SOLEDAD Y LA PALMA.

Populacho de México.

Cada barrio de la capital tiene su tipo, y los del Oriente conservan, únicos, el aspecto que tenían en los pasados siglos. Mucho ha adelantado el populacho de México en su traje y maneras; sin embargo, por el rumbo de Oriente, hácia San Lázaro, aun le cubre las cejas y los ojos el cabello greñudo y polviento, las uñas se le desarrollan enormemente y la falta de aseo cria en sus cuerpos una segunda piel de escamas. Nótese bien que me refiero á la última clase social que solamente ha quedado en aquellos suburbios, pues ya México, como todas las capitales europeas y las grandes ciudades norte-americanas, cuenta en su seno la misma elegancia y el mismo refinamiento de costumbres en las clases acomodadas.

De ese populacho que vive por San Lázaro, Santo Tomás y Manzanares, sa-

len los albañiles, tocineros, cargadores, los conductores de los carros de la limpia, los veleros, los curtidores, los empedradores de las calles y otra porción de los que se dedican á ocupaciones para las cuales no se necesita mas que seguir la rutina, sin tener que ejercitar la inteligencia, pues todas ellas se reducen á un recio trabajo personal que no deja sino una módica retribucion, apenas bastante para cubrir las mas imperiosas necesidades, entre las cuales cuentan las de fumar y beber pulque y aguardiente.

Generalmente el traje del individuo perteneciente al populacho consta de un sombrero de petate, una calzonera de cuero ó calzon blanco ancho, rara vez pantalon hecho pedazos, sostenido por un mecate con que fajan el estómago y alguna que otra ocasion calzado muy inferior; en la muger de esa clase nada se nota que tenga atractivo, en vano se buscará en ella la tez morena y delgada, los ojos negros ó algo del singular tipo de la *china*; preséntanse desaseadas, con el cabello en desorden, una camisa desorganizada, enaguas zurcidas con remiendos de mil colores; ocupanse muchas de ellas en recoger pedazos de puros y cigarros, las cáscaras de fruta y casi siempre riendo, forman un tipo desagradable, que por ventura va desapareciendo ya.

Nunca se inquietan los individuos de esta clase porque les falte ocupacion, ni se alteran por no tener qué comer; descuidan tranquilos el porvenir, se paran en una esquina á tomar el sol ó se sientan en el umbral de una puerta y allí esperan que algun caso fortuito los saque de las dificultades que trae consigo la necesidad de satisfacer las exigencias del estómago. Los *leperillos* audaces se convierten en ladrones rateros, y en las reuniones, iglesias y calles ejercen su profesion con detrimento de las mascadas y relojes de los concurrentes, ó penetran á las casas en busca de algun objeto que extraer, y si la policia logra atrapar á alguno de esos, al cabo de pocos meses sale de la prision muy aleccionado para continuar en su oficio.

Esos barrios ocupan gran parte de la capital; para conocer su extension y admirar el amplio panorama que presentan, basta subir á una de las torres de Catedral y por cualquier rumbo que se dirija la vista, se percibirá una ciudad digna de ser contada entre las mas bellas del Nuevo-Mundo.

Descendiendo y entrando á los barrios, al ver las casas ennegrecidas, ya no es el conjunto bello y seductor el que atrae, en los detalles, en las pequeñeces de los barrios de la populosa capital se cambia de parecer, las calles súcias y sin banquetas, forman contraste con el golpe de vista que se ha gozado desde la altura. Cada calle está llena completamente por el pueblo de México, verdadero enjambre de hombres, mugeres y muchachos harapientos que se agitan en medio de los chismes y las pasiones que amenudo tienen por término sangrientas tragedias; esa multitud que no piensa en el día de mañana, toma el desorden por la libertad. De allí brotan viciosos y aun bandidos de los que infestan los caminos, roban las habitaciones de la ciudad, y se abrigan en las casuchas estrechas que forman las calles tortuosas, oscuras y sombrías de aquellos barrios; en las tabernas, en las

pulquerías aparecen porción de individuos de siniestro aspecto, con el rostro cicatrizado, bebiendo, silvando y discutiendo á su manera; mugeres apenas vestidas con andrajos y muchachos desnudos que se arrastran en el polvo y en el fango.

Por las tardes, casi al toque de la oracion, al salir de sus ocupaciones los vecinos de los barrios, se nota un movimiento extraordinario, las calles se llenan de las mugeres que van á comprar el pan y la cena, y hasta hace algunos años era el momento en que los atrevidos bandoleros, los valientes del barrio, asesinaban ó despojaban á las víctimas que habian tenido la imprudencia de penetrar por aquellos vericuetos, estado que hoy felizmente ha sido reemplazado con el de una plena y absoluta seguridad, siendo antes tanta la audacia de los *valientes*, que en pleno día, á la vista de todos y aun burlándose de la justicia, á la que tenian atemorizada, cometian sus crímenes. Los guapos de los barrios de la Soledad de Santa Cruz y la Palma, eran los mas renombrados; por las noches se consideraba un rasgo de atrevimiento aventurarse á ir por los barrios; hoy se tiene casi tanta seguridad como en los lugares centrales.

Ese rumbo se mejora dia á dia; actualmente van desapareciendo las casitas en ruina que eran abrigo de criminales fugados de los presidios, de los pendeñeros del barrio y de la gente de peor clase, que en los basureros y entre los canales que atraviesan la ciudad por aquel lado, hallaban la manera de continuar sus asaltos y seguir cometiendo maldades. Aquel rumbo en que por tantos años estuvieron los basureros, á donde se arrojaban las inmundicias de la ciudad, era tan temido que pocas veces se aventuraba á presentarse allí la policia.

Ya casi ha desaparecido el *lépero*, tipo bizarro y especial de la sociedad de los barrios de esta capital; valiente y perezoso, sufrido á veces y en otras violento, fanático ó incrédulo, deseoso de divertirse, pendeñero por carácter, sóbrio cuando no intemperante, sabe acomodarse á todas las circunstancias y en su decidia, goza tanto con la pobreza como con la fortuna. Á propósito para muchas ocupaciones, ya se le veia de albañil, de conductor de carros, de charro, de empedrador de calles, de comerciante ó ejerciendo ciertos actos de audacia para tomarse lo ageno; hoy ha quedado mas bien el *lépero-muchacho*, el *lépero-ratero*, que ejercen su oficio en las iglesias, en las tiendas, los paseos y aun en la entrada de los teatros aunque, constantemente esté sobre ellos la mano de la justicia. El *lépero* ha sido pródigo cuando dispone de algun dinero, se entrega á la bebida y cesa de trabajar en la tarde, cuando en la mañana ha ganado lo bastante para cubrir sus gastos habituales; por esto es, que á menudo le faltan los recursos indispensables; entónces, léjos de disgustarse se envuelve en su mugrienta *cobija*, se sienta en el quicio de una puerta ó en el poste de una esquina, ó pulsa su jaranita con estoicidad incomprensible para el hombre que nunca aparta su mirada del porvenir; los pocos *léperos* que han quedado en los barrios, principalmente al Oriente de la capital, ya no acometen al transeunte, se concentran sobre sí mismos, se embriagan ó se duermen sin pensar en lo que harán en el siguiente dia.

Entre la multitud que llena literalmente la mayor parte de las calles de los bar-

rios en ciertas horas del día, hay grupos de harapientos, salidos de casas que infunden tristeza más que repugnancia. Se siente cierto atractivo en investigar las costumbres de esa muchedumbre que llena los arrabales de la gran capital.

Hoy va cambiando el aspecto del barrio de San Lázaro, se están levantando algunas casas, se restauran las ruinas ó se les ponen létreros asegurando que no se venden; en el gasómetro y en la estación del ferrocarril de Morelos, se nota algún movimiento y que brota una población trabajadora, pues por allí es introducida el azúcar, el aguardiente y los demás productos de la tierra-caliente, mucha madera, leña, arroz y frijol.

Los toros, la *jamaica* y el *monte Parnaso*, diversiones de que ya disfruta pocas veces el pueblo de los barrios, eran hasta hace algunos años, entusiastas fiestas en que se gozaba hasta más no poder.

Las *jamaicas* tenían verificativo en las plazas de toros, de las que hoy no queda más que el recuerdo, ó en otros sitios amplios y espaciosos; en la plaza de Necatitlan eran más frecuentes: numerosas casitas de madera se alzaban en el recinto destinado de ordinario al sangriento espectáculo de las corridas de toros; arcos de yerbas, flores y aromáticas ramas formaban vastos salones de verdura, sin faltar amenos bosquecillos con sus misteriosas callecitas indispensables para la circulación; cuartitos dispuestos bajo la fresca enramada, contenían los puestos con vendimias y bebidas para refrescarse; el mole de guajolote y el pato en fiambre aparecían al lado de los gigantescos vasos llenos de bebidas rojas, verdes, amarillas y azules, entre multitud de flores; la entrada era al sol ó la sombra, según se acostumbraba en las corridas de toros, no pudiendo bajar al improvisado paseo, sino aquellos que tenían los recursos suficientes para consumir en la mesa las bebidas y comestibles. Tal era la *jamaica* que ya en nuestros días apenas se conoce, sin que tenga la popularidad que gozó en épocas no muy lejanas.

El *monte-Parnaso* era otra de las diversiones que recibían muy bien los barrios: consistía en un madero de cuatro ó cinco metros de altura, cubierto con pañuelos de color y otros objetos, situado en medio de la plaza de toros. Los individuos del populacho pretendían ascender á porfía para apoderarse de los objetos que pendían del árbol; pero el toro impedía el éxito y las risas y los aplausos amenizaban la fiesta tan deseada y comentada en los barrios.

Las Atarazanas.—Iglesia y hospital de San Lázaro.

Tan luego que Cortés tomó la capital, dispuso que se levantara una fortaleza, dentro de la cual fueran colocados los bergantines y quedaran seguros, pudiendo ofender ó defenderse desde ella y salir ó entrar, en caso necesario. Esta fortaleza fué conocida con el nombre de «Las Atarazanas.» Mucho se ha discutido acerca del lugar fijo que ocuparon, porque se las quiso reducir á un

sitio estrecho, cuando probablemente comprendían toda la extensión desde San Lázaro hasta la Merced; pero si no cabe duda que en San Lázaro estuvieron, pues en una lista que se encontraba en el registro de hipotecas del Ayuntamiento, se dió el nombre de calle de las Atarazanas á la que va rectamente desde las Escalerillas, Santa Teresa y Hospicio de San Nicolás hasta San Lázaro, denominación que fué confirmada por algunos autores y que determina el rumbo hácia el cual quedaba la fortaleza; y si se tiene en cuenta que la ciudad estaba en una isla y que la parte de tierra firme termina aun en San Lázaro, pues pasado ese sitio el terreno es fangoso y se aniega, confirmase como verosímil la creencia de que las Atarazanas se encontraron hácia el lugar en que fué levantado el histórico templo de San Lázaro. También sirve de prueba el haberse dicho en la residencia de Cortés, que frente á aquella fortaleza hizo construir Pedro de Alvarado unas grandes casas con torre y troneras, obras que deben haber estado en las extensas plazuelas que aun existen por aquel rumbo, pues en el sitio en que se levantó el convento de la Merced, no queda huella de tales casas, ni se hace relación alguna acerca de que allí estuviera aquella fortaleza, habiendo permanecido sin concluir por largo tiempo la que levantara Pedro de Alvarado, hasta que siendo gobernador Alonso de Estrada continuó la obra; según consta, estaban dichas casas á la entrada de la ciudad.

Cuando llegaron á Nueva-España los religiosos de Ntra. Sra. de la Merced, establecieron primeramente su convento en el lugar en que está San Lázaro, hospicio fundado en 1572 por el Doctor D. Pedro López, individuo muy benéfico que en esa obra de caridad empleó sus propios bienes y algunas limosnas colectadas. La casa de San Lázaro estuvo situada al Oriente de la Catedral y á extramuros de la ciudad; fué sostenida por el fundador hasta el año de 1596 en que instituyó herederos y patronos de ella á sus descendientes que la administraron hasta 1721.

Deteriorada considerablemente se encargó de repararla, como patrono, el Br. D. Buenaventura Medina y Picazo, cediendo el hospital á los religiosos de San Juan de Dios, que estaban autorizados desde Marzo de 1606, á fundar un establecimiento de su instituto en cualquier lugar de Nueva-España. Bajo la dirección de estos religiosos permaneció el hospital un siglo entero, hasta que en 1821, á consecuencia de la ley expedida el año anterior, suprimiendo las religiones hospitalarias, se encargó de ese hospital el Ayuntamiento; allí eran atendidos los enfermos del mal de San Lázaro y del de San Antonio; en 1862 fueron trasladados los leprosos al hospital de San Pablo y del hospicio no ha quedado ningún vestigio, si no son algunas paredes arruinadas.

El hospital de San Lázaro fué construido primeramente en un terreno llamado del Marqués y que ahora es conocido por la Tlaxpana, lo destruyó Nuño de Guz-